

Poesías inéditas⁴⁶

A los mineros de Bolivia

En un 9 de abril

Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.
Cien y mil truenos estallan,
y es profunda su canción.
Son los mineros que llegan,
son los mineros del pueblo,
los hombres que se encandilan
cuando salen al sol,
y que dominan el trueno
y aman su recio fragor.

¿Que la metralla los siega
y la dinamita
estalla
y sus cuerpos se disfunden
en partículas de horror,
cuando llega alguna bala hasta el ígneo cinturón?

¡QUÉ IMPORTA!
Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.
Cien mil truenos estallan,
y es profunda su canción.
Por la boca del trueno
se oye volar el valor.
Son los mineros de acero,
son el pueblo y su dolor.

Salen de una caverna
colgada en la montaña.
Son enjambres de topos
que llegan a morir
sin miedo a la metralla.
Morir, tal la palabra
que es norte de sus días;
morir despedazado,
morir de silicosis,
morir anemizado,
morir lenta agonía
en la cueva derrumbada.

¿Qué más da?

María Bárzola los guía
y hay resortes que impulsan
a los topos combatientes:
Son mujeres no-mujeres
que duermen en sus camas,
son niños esqueletos
que maman de esas mamas;
es el hambre y la miseria,
la sed de justicia humana,
las que impulsan al combate
a la fiera grey armada.

Ellos lanzan a Bolivia,
desde su muerte ignorada,
la anunciaron de un futuro que la vida
les cobrara.

«Cuando caigan los barones
que el estaño fabricó
y el pueblo diga: “son míos”,
sobre los campos yermos,
callarán estos fusiles,
callará también el trueno,

no sonará el pututu
 ni se oirán nuevos lamentos,
 y las espaldas felices
 se doblarán bajo el peso
 que pesa todo lo nuestro».

M.I.O.

España en América

¿Recuerdas, Guatemala,
 esos días de julio del año 36?
 Claro que sí.

En tu pétreo esqueleto,
 en tus venas cantarinas,
 en tu cabellera verde,
 en tu volcánico seno
 lo recuerdas.

Como a mí,
 con mi memoria de niño
 succionando el pasado,
 aflora a tu recuerdo invertebrado
 de democracia en pañales,
 el tableteo lejano de la infamia.

Tus viejos poetas lo recuerdan,
 tus jóvenes vates lo adivinan:
 en Granada y en la noche sin aurora
 el plomo brotaba de las manos
 que llorando balas ahogaban
 la voz del Rey de los gitanos.
 Todos tus cantores lo recuerdan.

Granada, Bananera,
 nombres frescos de frutas sacarinas.
 Granada, Bananera,
 símbolos trágicos del hombre en el ocaso.

Allí, en Europa, los que «tienen
 — por eso no lloran —
 de plomo las calaveras».
 Aquí, en América, los que se venden,
 — por lo que den —
 al dólar de la frutera.

No pudieron desmenuzar poetas,
 pero con granadas abrieron
 — como granadas frutas sacarinas —
 el pecho de los hijos de tu pueblo.
 El delito de ser libres los llevó hasta el cementerio.
 El delito de ser hombres los puso entre los muertos
 y los títeres gritaban,
 mataban, escarnecían,
 con la voz y con la acción
 de «mamita compañía».

Castillo Armas aquí
 allá se llamó Franco.
 Dos nombres y el pueblo ensangrentado,
 y un grito que cementa el viejo abrazo.
 ¿Y Chamberlain, Hitler, Mussolini?
 Murieron, mas sus hijos proliferan.
 El gran retoño en que perdura el Eje
 es un venerable abuelo de lustrosa calva,
 evangélica sentencia y puñal aleve.
 Venera antepasados con religiosa unción
 y enciende cirios ante el jefe de su clan,
 el mítico personaje esclavizador;
 el Señor Monopolio.

Y Chamberlain, ¿no tuvo hijos?
 ¡Ay los tuvo!
 Ay, su pútrido esperma
 germinó en América.
 Vargas y Pinillas se llaman los traidores
 que la faz de los pueblos
 mancharon de vergüenza.

(No hablemos de Gálves ni Somoza,
viejos receptáculos de mierda)
En sus manos tienen sangre americana
Y en la cara escupitajo
de los hijos de Brasil, de Colombia,
de Honduras, Nicaragua y Guatemala.

«Anticípole defensa del mundo occidental».
«Jamás olvidaré al glorioso general».
¡Cómo aúllan los chacales en la noche!
¡Cómo azuza el abuelo a sus coyotes!
Mas la historia consumió decenios
enseñando la meta a donde lleva el miedo.
Ni Hitler ni Mussolini tienen tumbas
ni flores que jalonen el recuerdo.
Abre los ojos la mitad del mundo
la otra mitad está despierto.

Guernica, Chiquimula,
bombas que enlazan democracias hermanas.
Hermanas en los muertos inocentes,
hermanas en la sangre derramada,
hermanas en la impotencia desesperada.

Guatemala, tu pueblo despierta
como despertó en Madrid
y, de México a Argentina,
tus latinas hermanas
te nombran su adalid.

Guatemala, Guatemala,
¡esperanza de América!
Llama a los pueblos, te dirán «presente».
Juntos castigaremos el puñal atómico
y encenderemos su propio polvorín,
y el continente entero admirará sonriendo
la llamarada roja que esperaba el pueblo.

M.I.O.
Junio del 54

Una lágrima hacia ti

Ay, Guatemala

yo preparé mi sangre en batallones rojos
para regarla entera sobre la tierra santa.

¡La conservo intacta

en mi purpúrea alcurnia de soldado ileso!

Silencios de derrota atisban mis insomnios.

Los siento, en resabios de miel amarga,
pringando mis acciones de recelo.

Haz caído, Guatemala.

Guía, esperanza, ejemplo de América, haz caído.

¡Titán de cenizas!

¡Desintegrada imagen de la fe vencida!

El polvo que la ruina anuncia
en los aires grises va formando nubes.

Allá en los horizontes, se confunden
con las nubes negras que provocan cascos
de centauros-pulpos de prosapia rubia.

Vienen sedientos a tu fresca sabia;
la tomaran a sorbos, «por la democracia».

Mis ojos no pueden seguir siempre secos
cuando están tan húmedos los de tu pueblo.

El pueblo llora, Guatemala, pero cree.

Llora pero sabe que el porvenir es fiel.

Por aquel que no murió en la hora del combate
(ese mismo que ahora muere sin cielos por testigo);
por el que escapó a la muerte y la encontró de nuevo;
por el dolor de dejarte y el de haberte perdido;
por la enorme lágrima que llora el pueblo;
por el porvenir;
por ti y por mí;
Guatemala, hoy que me alejo,

envío esta lágrima esperanzada y doliente
a dialogar futuros con tu pueblo inerme.

M.I.O.

Septiembre 1954

Invitación al camino

Para Helena Leiva

Hermana, falta mucho para llegar al triunfo

Hermana, falta mucho para llegar al triunfo.
El camino es largo y el presente incierto;
¡el mañana es nuestro!
No te quedes a la vera del camino.
Sacia tus pies en este polvo eterno.

Conozco tu cansancio y tu desazón tan grandes;
sé que en el combate se te opondrá tu sangre
y sé que morirías antes que dañarla;
A la reconquista ven, no a la matanza.

Si desdeñas el fusil, empuña la fe;
si la fe te falla, lanza un sollozo;
si no puedes llorar, no llores,
pero avanza, compañera,
aunque no tengas armas y se niegue el norte.

No te invito a regiones de ilusión,
no habrá dioses, paraísos, ni demonios
— tal vez la muerte oscura sin que una cruz la marque —
Ayúdanos hermana, que no te frene el miedo,
¡vamos a poner en el infierno el cielo!

No mires a las nubes, los pájaros o el viento;
nuestros castillos tienen raíces en el suelo.
Mira el polvo, la tierra tiene
la injusticia hambrienta de la esencia humana.
Aquí este mismo infierno es la esperanza.

No te digo allí, detrás de esa colina;
no te digo allá, donde se pierde el polvo;
no te digo, de hoy, a tantos días visto...
Te digo: ven, dame tu mano cálida
— esa que conocen mis enjugadas lágrimas —
Hermana, madre, compañera... ¡CAMARADA!
este camino conduce a la batalla.

Deja tu cansancio, deja tus temores,
deja tus pequeñas angustias cotidianas.
¿Qué importa el polvo acre?, ¿qué importan los escollos?
¿Qué importa que tus hijos no escuchen el llamado?
A su cárcel de green-backs vamos a buscarlos.
Camarada, sígueme; es la hora de marchar...

Diciembre del 54

Uaxactún... dormida

A Morley, el desconocido y venerado amigo

Uaxactún, la de grises ensueños,
voz escondida detrás del misterio;
bella durmiente de los bosques nuestros;
he venido a besarte los ruedos,
o la verde maraña del pelo,
o el aire que mide el silencio.
Uaxactún, Uaxactún.

Yo sé que tu muerte es invento del blanco:
te dormiste cansada de andar por los siglos,
compañera sola del monte infinito.

Adivino el comienzo del sueño,
cuando lanzaste tus glóbulos pardos
— retoños del bronce — al fluir de los vientos,
Uaxactún, Uaxactún.

Imitando en atávico gesto
La dispersión que de allende los mares

nos enviara el asiático ancestro.
 Y cuando lanzaste tu grito de adiós
 despidiendo al abuelo del abuelo
 del quetzalíneo Tecum.
 Uaxactún, Uaxactún.

Y cuando cerraste tus ojos de templos,
 Y cuando cruzaste tus brazos de estelas
 (detenidos relojes que duermen el tiempo).
 Más tu embrujada quietud y el silencio
 Cederán al influjo de un príncipe bello
 que «levántate y anda» te ordene en un beso.
 Uaxactún, Uaxactún.

Ya se oye en tu sueño de siglos
 el trinar de aurorales alondras,
 anunciando el final de la noche
 cuando tus nuevos retoños de bronce
 se bañan al sol que alumbra SUS tierras.

UAXACTÚN
 UAXACTÚN

Es el final del sueño:
 se anuncia el príncipe;
 deviene el pueblo
 con pífanos y tamboriles,
 sembrando ejemplos rojos
 en el corazón de América.

M.I.O.